Instantáneas

I

Claro día. El cielo, de un bello color azul; dejábase teñir, en el horizonte visible, por esos matices coloreados con que la aurora adormecida suele despuntar... El Cantábrico, con sus ondas imperceptibles, apenas producía ruido alguno; el viento no bramaba; la tempestad no rugía...

Mi satisfacción tocaba á su límite; era yo un chico, y la alegría que llevan consigo los primeros años de la juventud veíase aumentada al contemplar aquel panorama tan hermoso, aquel sublime paisaje...

Junto al puerto, por entre las rocas que obstruyen su entrada, rocas temibles cuando el mar se embravece, pasaba un bergantín dando hordadas, meciéndose coquetonamente, moviendo á un lado y á otro sus blancas velas por falta de viento...

Los tripulantes entonaban dulces zortzicos, y en sus almas, jóvenes casi todas, reinaba la tranquilidad que nace siempre al verse ya en el puerto, al sentir entre sus brazos seres queridos, á quienes no se ha visto durante sabe Dios cuántos días de viaje...

II

Cuando volví á visitar el pueblecillo de la costa vizcaína, cuando años después vi de nuevo aquellas imponentes rocas que obstruyen la entrada del puerto, mi alma se sobrecogió de terror y de pena...

Llegué con un día horrible. Percibíase un rumor pavoroso que me hacía estremecer; una bruma densísima cubría los horizontes; el mar presentaba olas inmensas que se perseguían en loca, desatentada, carrera; el trueno retumbaba con frecuencia, y de tarde en tarde un rayo rasgaba aquel obscuro velo formado por la bruma, dando entonces á las aguas un fantástico colorido...

Allá, sobre las temibles rocas, un pobre bergantín: con la quilla descubierta, crujía horriblemente al sufrir los formidables empujes de aquellos montes de agua, que arrancaban astillas de su ya despedazado costillaje haciéndole dar espantosas cabezadas...

Y, entre tanto, una lancha tripulada por cuatro ó seis hombres, rendidos ya por el cansancio, avanzaba airosa, cortando las furiosas olas para ganar el puerto, oyéndose á su patrón, en medio del fragor de la tempestad y de los chillidos de las gaviotas, gritar conmovido á sus extenuados remeros:—¡Aurrera mutillak!... ¡¡Aurrera!!...

JOAQUÍN USUNÁRIZ.